



---

## Hagamos propósito al final de ejercicios de aprobar el examen, «*porque si persevera, no se niega Dios a nadie*»

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [G Drive](#) ]

Durante todos los Ejercicios, el uso de la palabra amor no es muy frecuente (*diez veces según el índice alfabético de Dalmases, y casi siempre no refiriéndose al amor a Dios*), pero, al final, el último ejercicio está dedicado a la **Contemplación para alcanzar Amor**. La razón probablemente está en que, como en este pasaje se afirma directamente: «*el amor se debe poner más en las obras que en las palabras*». Esta contemplación sirve de puente entre los **ejercicios** y el **tiempo posterior**, establece los cauces para encontrar a Dios más allá del tiempo de Ejercicios.

La alusión al amor es muy frecuente en todos los escritos de Santa Teresa. En la oración, lo que importa no es pensar mucho, sino amar mucho, sentir y practicar el amor a Dios. Y como San Ignacio, la Santa pone también el amor más en las obras que en las palabras. En general, el planteamiento de la **Contemplación para alcanzar Amor** coincide mucho con la fórmula teresiana de entender la relación con Dios y con las criaturas.

Amar, más allá de los gustos, en las obras

«no está la perfección en los gustos, sino en quien ama más; y el premio lo mismo, en quien mejor obrare con justicia y verdad» (Moradas 3, 2, 10).

Lo importante es amar:

«para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced» (Moradas 4, 1, 7).

¿En qué está el amor?

«Quiero decir aquí que, para aprovechar mucho en este camino y para subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho; y así lo que más os despertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar, en cuanto pudiéremos, no ofenderle y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia Católica. Éstas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco va todo perdido» (Moradas 4, 1, 7)

El amor se pone en las obras.

«Para esto es la oración, hijas mías, de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras...» (Moradas 7, 4, 6).

Eternamente reconociendo tanto bien recibido:



---

«Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas» (Moradas 5, 2, 8).

Es decir, el arma principal que tenemos contra el mal, la más fuerte y poderosa, es, tener al menos el deseo de querer desarrollar nuestra propia santidad, porque ya vemos en este caso, como hasta el demonio se queja, luego será un remedio muy efectivo.

De poco servirían los ejercicios si no nos mantenemos firmes en lo prometido, si nos hacemos sordos a la voz que hemos escuchado; si nos cerramos a la luz que nos ha iluminado la mente y el corazón; en una palabra, si no le respondemos al Señor con mucha generosidad, Él que tan dulcemente golpea nuestro corazón para hacernos el examen.

Nos hace a cada uno el mismo examen que le hizo a Pedro. «*Me amas más que estos*» (Jn 21,17).[...] ¿Me amas? después de que nos lo demostró muriendo en la cruz por amor a los hombres. ¿No le vamos a responder? ¿Lo vamos a dejar para más adelante? El apóstol Pedro cobardemente le negó tres veces. Quizá no es nada para algunos de nosotros, porque, no tres, sino tres mil veces le hemos negado, traicionado. Dios da siempre a los hombres una segunda oportunidad; una tercera, una cuarta e infinitas oportunidades.

«Miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que Su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir» (Vida 19,15).

Para aprobar con nota este examen, se nos pide la misma respuesta que a Pedro. Aunque nos sintamos igual de avergonzados que él. Que meditemos al terminar los ejercicios y que nosotros podamos responder del mismo modo, porque lo más importante de estos días habrá sido el poder de nuevo volver a experimentar su amor hacia nosotros y desear cada vez con más fuerzas amarle nosotros a Él de todo corazón, que nadie nos saque ventaja en amar al Señor, aunque anteriormente, como Pedro, le hayamos traicionado.

Es importante experimentar que de verdad le queremos más que nadie: «*Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero*». Porque esto es lo único que le importa para aprobar el examen. El Señor le respondió: «*Sígueme*». Dice la Santa en verso sabiendo esto; ¿por qué me detengo?

«Si el amor que me tenéis, / Dios mío, es como el que os tengo, / Decidme: ¿en qué me detengo? / O Vos, ¿en qué os detenéis? / Alma, ¿qué quieres de mí? / Dios mío, no más que verte. Y ¿qué temes más de ti? / Lo que más temo es perderte» (Poesías 4).

La Santa también temía, pero es temor por amor.

«¡Oh Señor, que vuestros caminos son suaves! Más ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir no hallo cosa que me satisfaga para pagar algo de lo que debo... Mas ¡Dios mío!, ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te



deseará, pues la ganancia que de ti se puede sacar o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan incierta y llena de peligros?» (Exclamaciones del alma a Dios 1).

Por esto debemos estar siempre atentos a no traicionar al Señor, aunque nos sintamos llenos de fervor y no se nos pase por la cabeza tal cosa, pero de los doce apóstoles, uno le vendió, Judas; otro le negó, Pedro; y el resto, se escondieron cuando le tenían que haber defendido. Solo Juan, por estar junto a la Virgen, no le abandonó.

Qué fácil es caminar con luz, en las cosas humanas y en las cosas de Dios, pero al desaparecer la claridad, el alma, como los Magos, debe obedecer a ciegas, sin desaliento, porque Dios nunca abandona, nunca falla. Las pruebas pronto o tarde pasan. Santa Teresa dice:

«Nada de turbe  
Nada te espante  
Todo se pasa  
Dios no se muda,

la paciencia todo lo alcanza,  
quien a Dios tiene  
nada le falta  
Solo Dios basta» (Poesías 32).

Hay que empeñarse mucho en esta empresa de la perseverancia, porque de lo contrario volveremos a ser mediocres y fríos en nuestra vida espiritual, y esto afecta, y mucho a toda nuestra vida sacerdotal, consagrada, de familia, de trabajo, de amistades, etc. La Santa no podía dejar de temer abandonar al Señor, esta traición:

«Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo a Vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer, porque, en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con darme Vos siempre la mano; y muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender cómo muchas veces me llamabais de nuevo» (Vida 6,9).

Y después de esta manifestación de amor, y el miedo de poder perderle, lo mejor es preguntarle como hizo San Pablo recién convertido: «¿Qué he de hacer, Señor?» (Hch 22,10). Esta pregunta es la consecuencia de las meditaciones anteriores. ¿Dios está contento conmigo? Quizás surge la pregunta ¿podemos reparar nuestras infidelidades? La mayor desgracia para el cristiano es condenarse, pero después, la mayor desgracia es haber desaprovechado tantas gracias que Dios nos ha dado y no haber intentado ser como Dios quiere. Pero aun así, nos enseña San Pablo, «*los dones y la llamada de Dios son irrevocables*» (Rom 11,29). Dios nos aguarda, no nos retira los dones que anteriormente nos ha dado, el sacerdocio, la vocación religiosa, el compromiso seglar. Si de verdad es esto lo que queremos, se lo podemos decir con palabras de San Bernardo: «*Te pido que acojas la ofrenda del resto de mis años que me quedan en esta vida llena de miserias. No desprecies Dios mío, este corazón contrito y humillado, por todos los años que perdí viviendo perdidamente*»<sup>1</sup>. O por los que malgasté de mala manera, o por tantos otros que no lo supe aprovechar como Tú lo estabas esperando de mí....

<sup>1</sup> SAN BERNARDO, Obras Completas. Ed. BAC Madrid 1987. Sermón 20,1. p. 279.



---

Nuestro amor al Señor, como el de Pedro, no puede quedarse solo en afecto, en cariño hacia Él, debe extenderse a las personas que Dios ha puesto en nuestro camino:

«¿Me amas?» Si eres sacerdote, ama a los fieles que Dios te ha encomendado, escuchando, consolando, animando, perdonándoles, y estando cerca de los que más sufren. Si no siempre físicamente, al menos teniéndoles presentes en la oración. Porque también son hijos míos.

«¿Me amas?» Si eres religioso o religiosa, ama a tus superiores, a tus hermanos, defiéndelos, ayúdalos con tu ejemplo a ir por el camino de la perfección, a no perder el tiempo, etc. Porque también son hijos míos.

«¿Me amas?» Si eres esposo o esposa, ama al otro como Dios lo ama, si eres padre o madre de familia, ama a vuestros hijos, ayudándoles a crecer y a ser buenos, honrados, con conciencia moral, y cristiana, etc. Porque también son hijos míos.

«¿Me amas?» Si trabajas, si tienes jefes, obedece y cumple, a los compañeros, ayúdalos, o si tienes trabajadores a tus ordenes, ama a cada uno, ayudándoles, enseñándoles, corrigiéndoles con respeto; «Trata a los demás como quieras que te traten» etc. Porque también son hijos míos.

«¿Me amas?» Si te has sentido ofendido, si te han calumniado, si te han mentido, si te han traicionado, incluso, si te han agredido, perdona a cada uno, que seguramente «no saben lo que hacen», que Yo les juzgaré a cada uno. Porque también son hijos míos.

«¿Me amas?» Nos lo dice a todos en general, si de verdad es así, y así debemos querer que sea, y no hay otra forma; «si me amáis, cumple mis mandamientos...».

Esta manera de actuar, es la más clara y más cierta si de verdad nos hemos convertido, o al menos, desde ahora, si lo deseamos con todas nuestras fuerzas. La Santa entiende que para convertirse;

«El Señor da siempre oportunidad si queremos» (Vida 7,12).

Hay motivos de esperanza. Cuántas veces, por la triste experiencia de volver a fallar lo damos por imposible, y nos desanimamos. Este puede ser el mayor obstáculo. La conversión no es fruto de nuestro esfuerzo personal, de nuestras muchas prácticas religiosas o de muchas penitencias. Es bueno esforzarse, pero **la conversión es, ante todo, una gracia de Dios**. ¡Quizás la que esperamos en estos ejercicios! Quiera Dios que perseveramos hasta el final, como Cristo en la cruz.

«Nos imaginemos la cruz de Jesucristo sobre el monte Calvario. En torno a ella los sacerdotes, judíos, soldados y las turbas, que se burlan de Él diciendo: "Tú que decías que eras el Hijo de Dios! Si lo es que baje de la cruz y creeremos en Él". Pero Jesús no baja de la cruz, sino que muere en ella para redimirnos, después de pronunciar aquella palabra de victoria: "Todo está cumplido"». Esta escena es la más bella imagen de la perseverancia.

Queda al menos la invitación. Y que nos quede también el sabor de la confianza que ella quiso despertar en nosotros cuando escribió:



«Pues si a cosa tan ruin como yo tanto tiempo sufrió el Señor, ¿qué persona, por malo que sea, podrá temer? Ni quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió» (Vida 8,8).

San Ignacio una vez habiendo experimentado como la Santa estas oportunidades continuas de parte del Señor, (EE nº 234) lo expresó en esta bella oración: *«Tomad, Señor, y recibid / toda mi libertad, / mi memoria, / mi entendimiento / y toda mi voluntad, / todo mi haber / y mi poseer; / Vos me lo disteis; / a Vos, Señor, lo torno; / todo es vuestro, / disponded todo a vuestra voluntad; / dadme vuestro amor y gracia, / que esto me basta».*

Y Santa Teresa nos lo dice en verso:

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,  
después que muero de amor;  
porque vivo en el Señor,  
que me quiso para sí:  
cuando el corazón le di  
puso en él este letrero,  
que muero porque no muero.

Esta divina prisión,  
del amor en que yo vivo,  
ha hecho a Dios mi cautivo,  
y libre mi corazón;  
y causa en mí tal pasión  
ver a Dios mi prisionero,  
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!  
¡Qué duros estos destierros,  
esta cárcel, estos hierros  
en que el alma está metida!  
Solo esperar la salida  
me causa dolor tan fiero,  
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga  
do no se goza el Señor!  
Porque si es dulce el amor,  
no lo es la esperanza larga:  
quítame Dios esta carga,  
más pesada que el acero,



que muero porque no muero.

Solo con la confianza  
vivo de que he de morir,  
porque muriendo el vivir  
me asegura mi esperanza;  
muerte do el vivir se alcanza,  
no te tardes, que te espero,  
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;  
vida, no me seas molesta,  
mira que solo me resta,  
para ganarte perderte.  
Venga ya la dulce muerte,  
el morir venga ligero  
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,  
que es la vida verdadera,  
hasta que esta vida muera,  
no se goza estando viva:  
muerte, no me seas esquiva;  
viva muriendo primero,  
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle  
a mi Dios que vive en mí,  
si no es el perderte a ti,  
para merecer ganarle?  
Quiero muriendo alcanzarle,  
pues tanto a mi Amado quiero,  
que muero porque no muero.(Poesías).

†

**Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!**